

ENTRE ÉLITES Y SUBALTERNOS: ESPACIOS DE SOCIABILIDAD Y RESISTENCIAS EN LA CATALUÑA RURAL DE LA RESTAURACIÓN

BETWEEN ELITES AND SUBALTERNS: SPACES OF SOCIABILITY AND RESISTANCES IN RURAL CATALONIA DURING THE SPANISH RESTORATION

GUILLEM PUIG VALLVERDÚ
(Independent research)

RESUMEN

Este artículo analiza los espacios de sociabilidad y las dinámicas de poder entre finales del siglo XIX y principios del XX en un municipio de la provincia de Tarragona: La Selva del Camp. A través de ejemplos como el ateneo, las corales y los sindicatos agrícolas, se examinan los objetivos de las élites liberales para modernizar y controlar la sociedad rural, así como las resistencias y estrategias de los sectores subalternos para construir redes de apoyo y cuestionar las jerarquías establecidas. Se abordan conflictos como el motín de 1892, los mecanismos de represión de las élites y las tensiones políticas, evidenciando cómo estos espacios se convirtieron en focos de modernización, cohesión y disputa.

Palabras clave: Sociabilidades; Conflictos agrarios; Nacionalización; Élites locales; Clases subalternas

ABSTRACT

This paper analyses spaces of sociability and power dynamics in the municipality of La Selva del Camp (Tarragona province) between the late 19th and early 20th centuries. It examines how institutions such as athenaeums, choral societies, and agricultural unions were used by liberal elites to promote modernisation and exert social control, while also serving as arenas for resistance in which subaltern groups built support networks and contested established hierarchies. The paper addresses key episodes such as the 1892 riot, mechanisms of elite repression, and underlying political tensions, revealing how these spaces became focal points of modernisation, social cohesion, and conflict.

Keywords: sociability, agrarian conflicts, nation-building, local elites, subaltern classes

RESUM

ENTRE ELITS I SUBALTERNES: ESPAIS DE SOCIABILITAT I RESISTÈNCIES A LA CATALUNYA RURAL DE LA RESTAURACIÓ

Aquest article analitza els espais de sociabilitat i les dinàmiques de poder entre finals del segle XIX i principis del XX en un municipi de la província de Tarragona: La Selva del Camp. A través d'exemples com l'ateneu, les corals i els sindicats agrícoles, s'examinen els objectius de les elits liberals per a modernitzar i controlar la societat rural, així com les resistències i estratègies dels sectors subalterns per a construir xarxes de suport i qüestionar les jerarquies establertes. S'aborden conflictes com el motí de 1892, els mecanismes de repressió de les elits i les tensions polítiques, evidenciant com aquests espais es van convertir en focus de modernització, cohesió i disputa.

Paraules clau: Sociabilitats, conflictes agraris, nacionalització, elits locals, classes subalternes.

MÁS ALLÁ DEL CACIQUISMO: SOCIABILIDAD Y POLÍTICA EN EL MUNDO RURAL

En las miradas hacia las zonas rurales persisten ciertos apriorismos que condicionan los análisis históricos, especialmente en relación con los procesos de politización en las zonas rurales. Uno de los más recurrentes es la idea de pasividad asociada al apoliticismo, que caracterizaría al campesinado español de finales del siglo XIX y buena parte del XX como aislado política y socialmente. Esta percepción se explicaría, en gran medida, por la influencia del caciquismo y las dinámicas propias del turno durante la Restauración. Desde esta perspectiva, el campesinado se presenta como un sujeto prepolítico, marcado por el individualismo y el pragmatismo, en contraste con la creciente conciencia de clase de las masas urbanas e industrializadas. Este enfoque perpetúa una visión atávica de la sociedad rural española, subordinada y alienada frente al progreso, y la aleja de los procesos políticos y sociales que se desarrollaban en la Europa occidental.

Planteamientos más recientes han cuestionado las generalizaciones teóricas, explorando la gestión política local, las relaciones comunitarias, el uso de espacios comunes, las dinámicas laborales, los conflictos y las manifestaciones de descontento y los mecanismos de control y castigo (Bascuñán y Cabo, 2023). Esto es, se ha ampliado la comprensión de la política en el ámbito rural, analizando prácticas políticas más allá de los procesos electorales y situando el marco de estudio en contextos locales. Estas aproximaciones han permitido matizar y comparar los apriorismos tradicionales, explorando, por ejemplo, cómo se desarrollaron los procesos de nacionalización entre quienes habitaban las zonas rurales. Estos procesos se expresaron a través

de diversas instituciones, como las corales, mayoritariamente masculinas, así como mediante la prensa, las redes y cadenas migratorias, y otras formas de sociabilidad promovidas por las élites (Díaz-Geada y Fernández Prieto, 2020). Dichos espacios de sociabilidad se configuran como lugares donde se construyen identidades y se generan experiencias fruto de la transmisión y la puesta en común de ideas compartidas entre sus participantes, que terminan por definirlos. Estas identidades, lejos de ser herméticas, son multilaterales y se priorizan según las dinámicas del momento histórico. Por ejemplo, conceptos como libertad, democracia o nación, elaborados en primera instancia por los intelectuales, se transmiten a través de diversos canales y conectan con los sujetos en estos espacios de sociabilidad. Aunque estos espacios sean físicos y delimitados, son también permeables, y los relatos que en ellos circulan adquieren significados distintos al mezclarse con otras ideas, conceptos o costumbres (Uría, 2001). De esta manera, las narrativas generadas institucionalmente sufren mutaciones bidireccionales que reflejan las experiencias cotidianas de estos entornos y ayudan a tejer redes alternativas a las preexistentes (Archilés, 2013).

La supuesta subordinación de las zonas rurales al caciquismo ha sido objeto de revisión crítica. Herrera, Markoff y Villa (2013) demostraron que, lejos de la imagen de pasividad política, el campesinado generó dinámicas de protesta y negociación que no solo impugnaban el caciquismo, sino que también promovían formas locales de autogobierno, entendidas como embrionarias de procesos democratizadores. En este sentido, estudios recientes han destacado que los conflictos en las zonas rurales no siempre se manifestaron de forma violenta, sino también a través de tácticas negociadoras entre las partes en disputa. Estas negociaciones, expresiones de politización, surgieron en algunos casos del asociacionismo formal o fueron precursoras de sociabilidades informales que se consolidaron posteriormente (Duch, Arnabat y Ferrer, 2015). Así, los espacios de sociabilidad no solo estuvieron controlados por las élites, sino que también se convirtieron en escenarios de resistencia popular y experimentación de nuevas formas de participación política. Aunque este artículo no profundizará en ello, es importante destacar las contribuciones de los estudios sobre las glosas y otros géneros poéticos y musicales, que han permitido superar los rastros fragmentarios de las resistencias subalternas y revelar valiosas percepciones sobre su experiencia en los procesos de cambio histórico (Vives, 2012). Este enfoque ha contribuido a replantear la relación entre las zonas rurales y la construcción de la ciudadanía política, ofreciendo una visión más compleja y matizada de su papel histórico.

Este artículo propone un análisis local de las relaciones entre las élites y las clases subalternas en la Cataluña rural de finales del siglo XIX y principios

del XX, con un caso de estudio en la Selva del Camp, en la provincia de Tarragona. A través de espacios de sociabilidad como el ateneo, la coral masculina o el sindicato agrícola, la investigación se pregunta: ¿cuáles eran los objetivos para fundar este tipo de sociedades? ¿cómo sirvieron estos espacios, inicialmente impulsados por las élites, como lugares de encuentro y resistencia para las clases populares? ¿En qué medida estos ámbitos de sociabilidad permitieron a los subalternos construir redes de apoyo y cuestionar las jerarquías establecidas? El trabajo también aborda los comportamientos y estrategias de los grupos dominantes en la gestión de los conflictos sociales. Se plantea: ¿cómo se manifestaron las tensiones entre quienes disputaban el poder municipal? ¿Qué mecanismos utilizaron las élites para conservar su dominio y qué influencia ejercían las clases subalternas sobre las decisiones locales? A través de estas cuestiones, se busca entender cómo la resistencia cotidiana se articuló en el ámbito local y cómo se estructuraron las relaciones de poder. Así como ofrecer una nueva perspectiva de las dinámicas de poder y resistencia en el mundo rural catalán, examinando cómo identidad, política y jerarquías sociales se entretejieron a nivel local.

El análisis del núcleo poblacional de la Selva permite cuestionar la supuesta falta de modernidad en el mundo rural y desmontar la idea de que este representaba un obstáculo para la democratización, entendida como un proceso ejemplar y vinculado al ámbito urbano. A mediados del siglo XIX, la Selva contaba con unos 3.000 habitantes, dedicados mayoritariamente al cultivo de la vid y, en menor medida, a oficios relacionados con la producción agrícola. Campesinos, alfareros, toneleros y otros menestrales se organizaban alrededor de cofradías y gremios vinculados a la parroquia. Por otro lado, los propietarios agrícolas, en su mayoría absentistas, residían en ciudades vecinas como Reus y Tarragona. Allí invertían su tiempo libre en espacios recreativos, como las tertulias del Café de la Música en Reus, donde realizaban negocios y discutían de política. Estas tertulias masculinas generaban un vínculo simbólico y cotidiano entre los miembros de una élite que abandonaba las estructuras del Antiguo Régimen y se adaptaba al liberalismo, en un contexto similar al descrito por Charles Dickens en *Los papeles póstumos del Club Pickwick*.

En contraste, la Selva careció de un espacio de estas características hasta 1878, a pesar de los intentos de crear clubes durante la década de 1860. Entre 1861 y 1868, se formaron hasta cinco sociedades, pero todas tuvieron una vida breve. La más longeva apenas duró cuatro años, y todas fueron clausuradas por las autoridades provinciales debido a los conflictos internos y a su potencial como focos de consolidación de los rivales políticos. Durante el Sexenio Democrático (1868-1874), a diferencia de lo ocurrido

en otros lugares, no surgieron nuevas entidades en la Selva, salvo el Centro Republicano Federal, que buscaba integrarse en la red de sociedades vinculadas al federalismo de Valentí Almirall. En este período, los liberales locales lograron hacerse con el poder municipal tras el pronunciamiento del general Prim en septiembre de 1868, desplazando a los conservadores. Sin embargo, la restauración de la monarquía borbónica en 1875 significó un duro golpe para los progresistas, quienes sufrieron represalias por su implicación en el Sexenio. No fue hasta 1878 cuando los progresistas de la Selva lograron reorganizarse públicamente como colectivo. La creación de un espacio propio ese año les permitió reproducir las dinámicas sociales y políticas de las élites urbanas, marcando un nuevo intento por consolidar su influencia en la localidad.¹

ESPACIOS DE PODER EN DISPUTA: EL ATENEO EL LAURO

La iniciativa de los liberales de la Selva del Camp se manifestó claramente en noviembre de 1877, cuando, tras varias reuniones, el ayuntamiento recibió los estatutos de una nueva asociación: el Ateneo El Lauro. Esta sociedad, concebida con un marcado carácter cultural y educativo, tenía como propósito principal mejorar la formación de los sectores más desfavorecidos de la población. Además, buscaba ofrecer un espacio de encuentro y ocio que se mantuviera bajo la supervisión de las autoridades locales. Desde el gobierno civil se recordó a la autoridad municipal la necesidad de ejercer dicho control, exigiendo su autorización para la celebración de bailes y tertulias, así como un informe detallado sobre la composición de la Junta Directiva. En última instancia, la responsabilidad de garantizar el orden en la localidad recaía directamente sobre el ayuntamiento.²

En el ejemplar del 4 de enero de 1878 del diario *La Opinión*, portavoz de los círculos liberales de la provincia, se informaba que el día 1 anterior se había inaugurado oficialmente la entidad y presentado la junta fundacional de El Lauro, encabezada por “el joven ilustrado” Olegari Mallafré Soronellas.³ La mayoría de sus integrantes eran propietarios agrarios, con patrimonios diversos, que habían participado en los primeros casinos de la localidad y mantenían estrechos lazos de amistad, familiares y comerciales

1 Estos aspectos los he tratado de manera más amplia en PUIG VALLVERDÚ, Guillem (2018), *La taula del mirall. L'Ateneu i l'associacionisme cultural i polític a la Selva del Camp, 1878-1979*, Afers, Catarroja.

2 Arxiu Històric Municipal de la Selva del Camp. Sales i societat recreatives. Reg. 7354. “Correspondència d'ofici per a la sol·licitud i concessió per obrir el Ateneu El Lauro”, 31 de diciembre de 1877.

3 *La Opinión*, [Tarragona] 4 de enero de 1878, p. 2.

con la élite de Reus y Tarragona. Estas relaciones, forjadas a lo largo del siglo XIX, se habían consolidado durante el Sexenio Democrático. El Ateneo, conocido popularmente como *El Casino*, representaba la culminación de dichos esfuerzos: por fin se disponía de un espacio de encuentro en el municipio.

En sus primeros años, el principal objetivo del Ateneo fue integrarse en la vida cotidiana de la comunidad. Aprovechando el calendario festivo tradicional y las celebraciones populares y litúrgicas, la sociedad se convirtió en un agente dinamizador del municipio. Además, organizó actividades propias, como bailes y representaciones teatrales. No obstante, los socios de El Lauro no pretendían crear un calendario festivo laico, sino conservar el tradicional y, a través de la financiación de las actividades, asumir cierto control sobre su dirección.

Sin embargo, lograr presencia en la cotidianidad de los habitantes de la Selva no fue tarea fácil. La estricta autoridad del alcalde Vaqué, líder de un consistorio de corte conservador, supuso un obstáculo importante. El Ayuntamiento veía con recelo las actividades propuestas por el ateneo, ya que el establecimiento de los partidarios de Mallafré implicaba concederles un espacio desde el cual organizar una oposición liberal, lo que suponía un desafío directo a su dominio. El Ateneo, por tanto, no puede entenderse únicamente como un espacio de ocio inocente. Su función educativa tenía una dimensión más amplia: las actividades recreativas se concebían como un medio para socializar ideas políticas y, de este modo, ampliar su base social (Arnabat y Ferré, 2015: 32).

Las primeras desavenencias con la autoridad local se produjeron en mayo de 1878, apenas cinco meses después de la inauguración de El Lauro. Con motivo de la celebración de la Pascua, los socios habían organizado una obra dramática dirigida a sus familias, en la que participaban algunos jóvenes vinculados a la entidad. Sin embargo, la actividad coincidió con un período de rogativas, lo que para el Ayuntamiento representó un problema. La primavera había llegado acompañada de una severa sequía, y las autoridades locales habían decidido trasladar la imagen religiosa desde su santuario hasta la villa, con el objetivo de realizar plegarias para solicitar un cambio brusco en las condiciones climáticas. La coincidencia de la actividad del Ateneo con este período de rogativas fue interpretada como una falta de respeto por parte del alcalde, quien, amparándose en este pretexto, intentó detener la función. En el ejemplar del 22 de mayo, *La Opinión* acusó al alcalde de actuar de manera parcial. Según el periódico, mientras utilizaba la solemnidad de los días de rogativas como pretexto para impedir la representación del Ateneo, había permitido días antes la actuación de una compañía de titiriteros que se encontraba de paso por

la villa, sin obligarles a interrumpir sus funciones a pesar de las quejas de algunos vecinos. Finalmente, fue necesaria la intervención del gobernador civil para que la representación organizada por el ateneo pudiera llevarse a cabo. El evento contó con una “numerosa y distinguida concurrencia que, por primera vez en muchos años, acudió con entusiasmo a disfrutar de un pasatiempo tan moral, inocente e instructivo”.⁴

Los obstáculos fueron numerosos y, en ocasiones, incluso más esperpénticos que el sucedido en la Pascua de 1878. La actitud de la autoridad local evidenciaba su disposición a tomar cualquier medida necesaria para frenar el dinamismo del Ateneo. Durante el carnaval de 1879, la sociedad había organizado el baile nocturno. Sin embargo, al iniciarse la fiesta, el sereno de la villa se presentó con el encargo de informar que, por orden del alcalde, el baile debía concluir antes de la medianoche, ya que al día siguiente comenzaba la penitencia de la Cuaresma con el Miércoles de Ceniza. Desde el diario *La Opinión* se cuestionaron los motivos que pudo tener el alcalde para tomar tal decisión. No existía disposición legal alguna que obligara a finalizar el baile a esa hora, y según el periódico, “no cabe en esto más limitación que la que a cada vecino que asiste al baile le impongan su conciencia y sus creencias religiosas”. A pesar de ello, los socios de El Lauro abandonaron el baile a medianoche, obedeciendo la orden del sereno, aunque no sin cierta ironía. Según relató el mismo diario, se retiraron “con el peligro de encontrarse por la calle a la Constitución con alguno de sus artículos mal parado (sic.)”.⁵

A los pocos años de haberse constituido, el Lauro se había convertido en el único espacio de diversión profana de la localidad, dejando a un lado las tabernas que existían en la población. Ya solo algunos se trasladaban a Reus para disfrutar de los espectáculos e inquietudes que ofrecía la joven ciudad fabril. Pero en 1888, con diez años de trayectoria, el Ateneo era un proyecto agotado. La efervescencia de los primeros años caracterizada por el enfrentamiento, en ocasiones anecdótico, con el ayuntamiento se había volatilizado en una dinámica inerte y viciosa que no despertaba el mínimo interés entre los vecinos. Desde que la facción liberal de Olegari Mallafré había accedido al poder municipal en abril de 1881, el Lauro había dejado de ser la inquietud del respetado hacendado. Su interés residía entonces en el cuidado del gobierno del municipio, que utilizaba como plataforma para proyectar su carrera política y desde donde tejía sus redes clientelares. Controlarlo había significado situarse en una posición destacada dentro del municipio.

4 *La Opinión*, [Tarragona] 22 de mayo de 1878, p. 3.

5 *La Opinión*, [Tarragona] 1 de marzo de 1879, p. 2.

El Ateneo estaba ubicado en una casa de la calle mayor de la Selva. Un espacio alquilado a uno de los miembros de la sociedad que pronto se convirtió en lugar de encuentro de la elite y la menestralía con voluntad de destacar. Talabarteros, toneleros, herreros, panaderos e incluso maestros de casas y propietarios de cafés se juntaban en el Lauro. El grupo dirigido por el joven sangrador Francesc Cabré Domingo y su cuñado, el músico Josep M. Cogul Monné, fue uno de los que se acercaron a ese incipiente lujo e influencia política que tomaban forma en la villa. Instruidos todos ellos en la parroquia por el maestro de capilla, les había unido su pasión por la música a la que se dedicaban en su tiempo libre. Sus conciertos los habían llevado a actuar en los espacios de la elite de la provincia, como el Cercle Liberal o el Centre de Lectura de Reus.

Teniendo en cuenta que el antiguo núcleo dirigente del ateneo se dedicaba a los quehaceres de la política municipal, era la oportunidad para el tándem Cabré-Cogul de hacerse con el control de la sociedad. Decididos a ello, impulsaron una coral dentro de la entidad con el objetivo de que terminase substituyendo al Ateneo como elemento aglutinador de la vida cultural de la villa. La Lira Silvense nacía como una sección autónoma del Lauro y representaba la culminación de las diferentes corales locales que habían existido a lo largo de las décadas anteriores.

El objetivo de la Lira era integrar en su seno a los grupos subalternos de la población que en buena media habían quedado excluidos de la entidad. No solo porqué de este modo se había reafirmado la exclusividad del grupo dirigente, sino también por qué no tenían la capacidad de permitirse el recreo durante su escaso tiempo libre. Con la Lira, el grupo de Cabré-Cogul buscaban construir un espacio desde donde inculcar las normas civilizadoras para aproximarse a la buena sociedad. Una idea parecida con la que habían nacido las corales de capilla, aunque estas persiguiesen la instrucción del apostolado. Sin embargo, con las corales masculinas se buscaba instruir a las clases populares en un sentido más amplio, aunque también pasaran por difundir valores morales y afirmar identidades colectivas desde la desigualdad. Los orfeones habían canalizado inicialmente una afirmación colectiva de corte patriótico, que desde la década de 1860 se había vinculado al impulso de la cultura regionalista. Al unirse a los movimientos sociales de cada zona, se fueron mezclando sus objetivos internos, surgiendo orfeones políticos que canalizaron sus actividades hacia el reforzamiento de sus respectivas ideologías (Zozaya, 2008). A pesar del surgimiento de orfeones obreros, la mayoría estaban liderados por les clases medias liberales y resultaban ser una forma de control social (Carbonell, 2003). Este era el caso de la coral promovida por Cabré y Cogul, donde se anteponían las virtudes morales y pacificadoras de la música a las necesidades de tiempo

libre de los trabajadores.

En la mayoría de los orfeones se insertaban así a los trabajadores en el proyecto regeneracionista, pues los veían como una manera de tener al obrero apartado de la taberna. Los trabajadores se contemplaban como unos vasos vacíos que se tenían que llenar de conductas civilizatorias y modernas que se anteponian a las costumbres y a la ruralidad. Así pues, podemos entender las corales como un espacio de instrucción y de transmisión de valores y pautas de conducta subordinantes. Un proceso de ingeniería social que no solo estaría impulsado desde arriba hacia abajo, pero si tenía el objetivo de construir una cultura de masas estandarizada (Archilés y García Carrión, 2012). Pese a la voluntad homogeneizadora de la elite, las identidades previas y las resistencias que se plantearon, generaron una negociación que terminó por mutar la identidad de los integrantes.

Los componentes de la Lira Silvense provenían mayoritariamente de los sectores populares de la villa. Trabajadores del campo, empleados de las tiendas y los talleres de alfarería y toneles. Su papel dentro la coral era, básicamente, como cantores. Sin embargo, no era nada extraño encontrar alguno de ellos como miembro de la directiva. Una experiencia que pudo haber ayudado a dotarse de herramientas de autonomía política. Sin embargo, la falta de autonomía de la Lira en el Lauro, garantizaba a los dirigentes del Ateneo el control de la sección y en esta dinámica, en algunas ocasiones, los miembros de las corales fueron utilizados como peones en las disputas entre los grupos que aspiraban a controlar la sociedad.

A pesar de que la formación de la Lira servía, mayoritariamente, como un elemento que apuntalaba el poder del grupo de artesanos dirigidos por Cabré y Cogul, su nacimiento no era una casualidad. Ese mismo año 1888 se había constituido en la Selva otra entidad. Era la primera que se formaba después de la restauración de los Borbones y el establecimiento del marco político construido por la elite alfonsina, que restringía la participación de la esfera pública a todos aquellos que no acatasen el reinado del joven monarca. La nueva Ley de Asociaciones de 1887 permitió resurgir espacios vinculados al republicanismo y al carlismo, posturas políticas perseguidas durante los primeros años de reinado de Alfonso XII. En la Selva, en 1888, se había constituido una alternativa recreativa al Ateneo. El Recreo Católico Instructivo que, alrededor de 1900, contaba con veintinueve asociados (Solà, 1998), debe vincularse a la estrategia que había iniciado el partido carlista para tener presencia en el día-día de la sociedad española. La red de agrupaciones carlistas en la provincia de Tarragona, a pesar de ser muy difusa, estaba coordinada por *El Correo de la Provincia*, con una presencia destacada en el Priorat y la zona baja del Ebro y, sobre todo, en la ciudad de Valls (Sánchez Cervelló, 2004). El surgimiento de la sociedad carlista en

la Selva debe vincularse a esta dinámica, que jugó en contra del dominio del Ateneo en el ocio y la instrucción. La siguiente asociación que se formaría sería el Círculo Republicano Silvenese, en 1893, después de un tumulto.

RESISTENCIAS Y AGENCIA DE LOS GRUPOS SUBALTERNOS

El *Pabellón Liberal* abría la sección de la crónica general del 13 de julio de 1892 con una noticia alarmante procedente de La Selva. La noche del día 11 había estallado un motín. Desde hacía meses, las revueltas populares se habían extendido por todo el Estado, especialmente en los territorios de Alicante, Granada, Murcia, La Rioja, Tierra de Campos o Zaragoza. Lo que la prensa de la época definió como “El Motín permanente” (Vallejo Pousada, 1990; Gil Andrés, 2000; Lucea Ayala, 2005; Bascuñán, 2008, 2021; Redondo Cardeñoso, 2011). En Cataluña, sin embargo, todavía no habían tenido ninguna manifestación. Las protestas reclamaban la reducción de los impuestos sobre los consumos como el pan, el aceite, el vino o el jabón. En su mayoría estaban lideradas por mujeres, como se ha documentado en otros motines en el Estado español (Cabana, 2021). Como ha señalado esta autora, su presencia en la vanguardia de la protesta a menudo respondía a la voluntad de mitigar la represión que pudieran ejercer las autoridades, haciendo uso de su consideración social de madres, esposas o hermanas. Pero no era la única táctica. La ocupación del espacio público, la confrontación verbal y, en algunos casos, la acción directa contra las autoridades locales fueron herramientas habituales en el repertorio de las protestas protagonizadas por mujeres.

Desde principios de la década de 1890, el comercio de cereales había disminuido debido a la competencia exterior; las importaciones habían aumentado, lo que había provocado una caída en el valor de los cereales. El gobierno de Cánovas había aplicado medidas proteccionistas, incrementando el precio del consumo del trigo para intentar contrarrestar las pérdidas. De este modo, se facilitaba la acumulación de los excedentes de trigo en los silos de los productores, a la espera de una mejora en los precios, mientras se mantenían las ganancias. Las clases populares, hambrientas, no toleraban la medida y entendían que los dirigentes tenían la obligación moral de no privarles del pan.

Desde algunos círculos liberales de Reus se consideraba que las revueltas habían estallado como un intento de aprovechar la delicada situación en la que se encontraba el gobierno del Estado. Sin embargo, aunque no parece que existiera un móvil que buscara la sustitución del gobierno, lo que es seguro es que el motín de la Selva se inició porque el ayuntamiento había arrendado el fielato a quien, de acuerdo con la autoridad local, aumentó el

precio de la harina hasta 1,84 pesetas los cien quilos.⁶ Como consecuencia, los panaderos manifestaron su descontento, ya que la medida les obligaba a aumentar el precio del pan, algo que no estaban dispuestos a asumir. El malestar expresado por los panaderos se extendió entre la población hasta que, la noche del 11 de julio, un grupo de amotinadas, la mayoría de ellas mujeres, se reunió frente al fielato, silbando y gritando: "¡Fuera impuestos! ¡Fuera Fielato! ¡Vivan los pobres!". A medida que avanzaba la noche, el grupo fue creciendo.

Una hora después del inicio de los disturbios, el alcalde Ambrosi Mallafré -hermano de Olegari-, acompañado del destacamento local de la Guardia Civil, se presentó ante los ciudadanos con el objetivo de intimidarles y conseguir que se disolvieran. Sin embargo, al no tener éxito, las autoridades se retiraron. Paralelamente, el número de manifestantes había aumentado, y estos se dirigieron hacia la casa donde se hospedaba el administrador. No obstante, no tuvieron suerte. Al no encontrar a nadie, decidieron retirarse hasta el día siguiente. Al amanecer, cuando era habitual que se abriera el fielato, los manifestantes se congregaron allí, provistos con palos, para buscar al administrador y asaltar la oficina. Los manifestantes llevaron al administrador hasta el ayuntamiento, donde exigieron a la autoridad que anulara el contrato de arrendamiento. Tras causar algunos daños materiales y agredir a un regidor, el alcalde Mallafré emitió un pregón derogando el contrato del fielato.

Los abusos cometidos por parte del ecónomo, en un contexto marcado por una notable escasez de pan, habían llevado a los vecinos a una situación límite. Sin embargo, aunque el alcalde ya había derogado la orden que había generado el descontento, los ánimos no se apaciguaron. Por el contrario, el tumulto persistía frente al ayuntamiento, donde se había congregado una multitud considerable. Entre los presentes se distribuían palos y piedras, y la tensión no dejaba de aumentar. La violencia de los amotinados parecía haberse desplazado del administrador hacia los principales propietarios de la villa, quienes no habían cumplido con el pago de los impuestos sobre sus fincas. La mayoría de ellos eran propietarios absentistas que residían fuera de la localidad. Los manifestantes consideraban que, con su contribución, se podría solucionar la precaria situación en la que se encontraba el pueblo de La Selva. El tumulto, pues, no lo protagonizaba una turba irracional y salvaje agitada por el hambre y el rencor, sino que existía una motivación estratégica dirigida a presionar física y moralmente a las autoridades locales. Una concepción que podría asemejarse a la economía moral descrita por E. P. Thompson (1984) sobre las normas y obligaciones sociales inherentes a

6 *Diario de Tarragona*, [Tarragona] 14 de juliol de 1892, p. 1.

las funciones económicas de cada sector dentro de la comunidad. Antes de que se iniciara otro disturbio, llegó a La Selva la guarnición de lanceros y tiradores del Regimiento de Borbón, acuartelado en Reus. Ciento cincuenta jinetes acompañados por treinta y dos guardias civiles montados. Cercando a los manifestantes por ambos extremos de la calle Mayor, las tropas cargaron contra la multitud, que se dispersó por los distintos callejones de los alrededores. Una vez tomada la plaza y definitivamente dispersados los amotinados, el teniente coronel al mando de las tropas decretó el toque de queda en toda la localidad.

A consecuencia del motín, fueron detenidos y procesados dieciséis vecinos, acusados de ser los instigadores de los disturbios. Unos días más tarde, el alcalde Mallafré decidió presentar su dimisión por no haber podido prevenir la situación y fue sustituido por Joan Ripoll Busquets. Ambos, vinculados al partido liberal, trabajaron para conseguir la liberación de los detenidos bajo la influencia de Marià de Rius, el líder tarraconense seguidor de Amadeo I y miembro de lo que se conoció como "Izquierda Dinástica", la operación de atracción de los sectores procedentes del radicalismo democrático y del republicanismo hacia el ámbito del liberalismo. Sin embargo, esta mediación no fue bien recibida por uno de los reclusos. El 14 de agosto, Miquel Ferrer publicó una carta en el *Diario del Comercio* en la que despreciaba la intervención del ayuntamiento de La Selva para resolver la situación. En su misiva afirmaba:

"No quiero que individuos liberales, de los que acaudilla el Excmo. señor Conde de Rius en La Selva, cuyo proceder ha llegado a tanto de aconsejar a mis compañeros de prisión que despreciemos por nuestra parte y no aceptemos visita alguna de parte del Ayuntamiento de la misma, ni de amigos de este, y otras parecidas palabras."⁷

Cuatro días después, el resto de los detenidos respondieron públicamente, afirmando que Miquel Ferrer no los representaba. Las falsedades que había expresado no eran compartidas por el resto de sus compañeros de celda, quienes manifestaron una opinión totalmente contraria. Declararon aceptar de buen grado cualquier oportunidad que se les ofreciera, sin importar si provenía de "amigos de tal o cual personalidad política, que para nosotros son todas muy respetadas".⁸ El 30 de octubre, los quince detenidos restantes fueron liberados de la prisión de Reus bajo libertad provisional, tras haber

7 *Diario del Comercio*, [Tarragona] 14 de agosto de 1892, p. 3.

8 *Diario del Comercio*, [Tarragona] 30 de octubre de 1892, p. 3.

satisfecho cada uno de ellos una fianza de quinientas pesetas. Las objeciones de Ferrer a la mediación del ayuntamiento se debían a sus diferencias políticas con los dirigentes locales y a su posición como presidente de la junta directiva del círculo carlista local.

Ahora bien, el motín de 1892 no puede interpretarse como una respuesta directa e inmediata a un malestar coyuntural. No fue un espasmo. La carga impositiva, principalmente derivada de los impuestos sobre los consumos y diversos arbitrios municipales, fue el detonante inmediato, la gota que colmó el vaso de un malestar acumulado debido a la crisis agraria que se estaba viviendo. Las respuestas de la población a esta situación de crisis fueron diversas. Por un lado, la emigración masiva del campo hacia las zonas urbanas industrializadas, protagonizada por quienes no poseían tierras o, en caso de tenerlas, estas eran de menor calidad. Durante el periodo 1860-1900, las zonas agrarias del centro y oeste de Cataluña sufrieron un descenso poblacional de hasta el 14%, destacando el caso de las localidades pirenaicas, donde la reducción alcanzó el 50%. Solo las comarcas del Ebro y del Penedés lograron evitar el éxodo, manteniendo un saldo migratorio prácticamente nulo; es decir, emigraron tantos como los que llegaron (Vidal y Bendito, 1979: 197-200).

Por otro lado, una de las respuestas a la crisis fue la protesta, como hemos visto con el ejemplo del motín de los consumos en La Selva, pero también la cooperación, fundamentalmente entre los campesinos con explotaciones potencialmente viables. En La Selva, fue en 1900 cuando se creó la primera entidad de este tipo: la Societat dels Pagesos. Esta superaba las características de las antiguas cofradías como sociedades de socorros mutuos y representaba la primera asociación agraria moderna de la localidad. Primero los casinos del Sexenio Democrático y posteriormente el Ateneo, junto con los círculos carlista y republicano, habían evidenciado los nuevos roles de la modernidad en la esfera del ocio. Sin embargo, la Societat dels Pagesos marcó el primer intento de romper las relaciones de dominio entre las élites y los trabajadores del campo.

En sus inicios, la sociedad se planteó como una entidad por acciones. Cada socio debía pagar una cuota mensual, unos derechos de entrada variables y adquirir, como mínimo, una acción de cinco pesetas, con la posibilidad de adquirir un máximo de diez. Con la reforma de la Ley de Sindicatos de 1906, se añadió otro objetivo, planteado desde una perspectiva política: englobar a lo que llamaban "la clase agrícola". El propósito era crear una comunidad campesina en la que se respetara la igualdad entre los socios. Se trataba de una asociación democrática en la que cada socio tenía un voto, independientemente de su capacidad económica y, por ende, de su condición social. Buscaban un espacio de ayuda mutua para evitar la des-

posesión de aquellos que estaban en riesgo de perder sus pequeñas propiedades o de ser expulsados de las tierras que cultivaban como arrendatarios al no poder satisfacer las exigencias de los propietarios (Soronellas, 2000). Este espíritu democrático adoptado por la Societat era fruto de la influencia del Círculo Republicano Silvense, nacido con la idea del federalismo y vinculado a una trayectoria política ligada al obrerismo y a la defensa de la mejora de las condiciones de vida de los más desfavorecidos. Desde 1875, los republicanos de La Selva comenzaron a destacar políticamente a principios de 1893, aunque seguían siendo una minoría, no solo en la localidad, sino en toda la demarcación. En Reus y sus alrededores, los posibilistas eran hegemónicos frente a los grupos progresistas y autonomistas. No obstante, el objetivo de los republicanos era recuperar protagonismo tras veinte años de ostracismo político.

No es casual que la constitución del círculo republicano se produjera pocos meses después del motín de los consumos en julio de 1892, ni que la Societat dels Pagesos naciera con este espíritu democrático. Aunque carecemos de documentación suficiente sobre los años de actividad del círculo republicano de La Selva, no es aventurado pensar que desempeñó un papel crucial en la formación de la primera sociedad campesina de la localidad. Podría tratarse de un cambio de estrategia con una naturaleza simbiótica: por un lado, tras la victoria pírrica que supuso la rebaja del trigo conseguida en el motín de los consumos, era necesario ir más allá. Se había superado un malestar coyuntural, pero no el estructural, ya que la situación de precariedad y el proceso de desposesión que sufrían las clases populares de La Selva seguían existiendo. Una forma de afrontarlo era la creación de una sociedad cooperativa, un espacio que facilitara el apoyo mutuo y donde los republicanos pudieran ganar posiciones. El círculo asumía el testigo de la lucha popular, la hacía suya y se posicionaba como la oposición frente a la clase dirigente liberal de La Selva. La amistad entre la Societat y el círculo republicano se evidenció más allá de la práctica democrática dentro de la sociedad. Se hizo aún más patente en 1906, cuando se nombró socio de honor al presidente del círculo republicano.

La vinculación entre la sociedad campesina y la coral también era significativa, ya que muchos de los fundadores de la cooperativa habían ocupado cargos directivos en La Lira Silvense. Por ejemplo, Joan Baseda Masdeu, presidente de la sección musical durante la década de 1890, fue vocal de la junta de la cooperativa entre 1908 y 1909. Asimismo, Ramon Vallverdú Bové, pequeño arrendatario formado asociativamente en La Lira, ocupó la vicepresidencia de la coral y el cargo de contador en la cooperativa agrícola. Estas conexiones evidencian cómo la participación en la cultura musical sirvió como espacio de formación y cohesión para los proyectos

sociales y políticos de la época.

La violencia ejercida por la tropa erosionó la influencia política de Olegari Mallafré entre los vecinos, quienes lo percibieron como el defensor de los intereses de los propietarios.⁹ Ante esta pérdida de hegemonía, los sectores demócratas del partido liberal buscaron capitalizar la situación. Aunque no mantenían vínculos directos con el círculo republicano, estaban dispuestos a canalizar el descontento popular para disputar la posición dominante de Mallafré. El encargado de dirigir este asalto fue Francesc-Xavier Rabassa Satorras, el hombre de Marià de Rius en la Selva. Procedente de una familia de sólida tradición liberal, Rabassa Satorras era hijo de Ignasi Rabassa, diputado en las Cortes por la candidatura constitucional en 1837, y nieto de Antonio Satorras Iglesias, quien presidió la diputación durante el período 1834-1836.

En las elecciones municipales de 1895, la candidatura de Mallafré sufrió una derrota decisiva, lo que le llevó a replegarse e intentar recuperar su influencia en el Ateneo. Para ello, era necesario consolidar posiciones dentro de la entidad, controlarla y desplazar a los progresistas afines a Rabassa, quienes habían asumido la dirección apenas medio año antes. La delicada situación económica que atravesaba el ateneo fue aprovechada por Mallafré como una oportunidad para cuestionar la gestión de la junta directiva presidida por el progresista Josep Fortuny.

Con este objetivo, Mallafré y Francisco Cabré Domingo, entre otros, impulsaron una estrategia para establecer alianzas dentro de la entidad, centrándose en la sección más activa del Ateneo: La Lira Silvense.¹⁰ Ambos promovieron la creación de una comisión para negociar la fusión con la coral, que se concretó el 17 de noviembre de 1897, lo que desencadenó la dimisión de Fortuny y de algunos de sus aliados de la junta. Como resultado, en noviembre de ese mismo año, Francisco Cabré Domingo asumió la presidencia del Lauro con el respaldo de Alexandre Mallafré Soronellas, hermano de Olegari y Ambrosi, y destacado propietario agrícola.¹¹ Con la formación de la nueva junta y la redacción de unos estatutos que formalizaban la integración de La Lira en el Ateneo, los sectores más conservadores del Partido Liberal recuperaron posiciones estratégicas dentro de la entidad. Para los seguidores de Mallafré, el control del ateneo tenía un doble propósito: por un lado, utilizarlo como plataforma política para acceder nuevamente al ayuntamiento; por otro, asegurar la supervivencia del Ateneo frente al

9 *Diario del Comercio*, [Tarragona] 13 de julio de 1892, p. 2.

10 Archivo Patrimonial del Ateneo el Lauro (APAL), Secretaría, Acta del 15 de noviembre de 1897.

11 APAL, Secretaría, Acta del 21 de noviembre de 1897.

auge de entidades como el círculo republicano y los grupos carlistas. Sin embargo, estas organizaciones no lograron competir con la influencia que el Ateneo había consolidado durante la década de 1880, periodo en el que fue la única institución capaz de ofrecer un espacio de ocio en la villa. No obstante, como se ha señalado anteriormente, esta hegemonía generó tensiones internas con los dirigentes conservadores locales en los primeros años de existencia de la entidad, llegando incluso a poner en peligro su continuidad debido a los conflictos por el control político de la misma. El surgimiento de nuevas alternativas asociativas, que en muchos casos también representaban opciones políticas diferentes, provocó un revulsivo entre los partidarios de la monarquía restaurada, quienes identificaron el Lauro como su espacio de referencia. Además, las consecuencias de la crisis agraria de finales del siglo XIX contribuyeron a redibujar las líneas de conflicto tradicionales entre las élites, dando lugar a nuevas divisiones y alianzas.

IDENTIDADES Y ESPACIOS EN CRISIS

A raíz de la derrota colonial de 1898, la prensa contribuyó a consolidar la percepción de un final para un supuesto imperio español en decadencia desde finales del siglo XVIII. Lo que en principio era una crisis específica de la burguesía, que había perdido sus relaciones de dominio con las antiguas colonias americanas, se planteó como una crisis nacional que requería un replanteamiento profundo de la identidad colectiva. Las élites, tanto políticas como intelectuales, reaccionaron de manera diversa, pero coincidieron en la necesidad de una regeneración. No obstante, el concepto de regeneracionismo variaba según quien lo enunciara: para los dinásticos, implicaba mejorar los mecanismos del régimen liberal de la Restauración y garantizar la estabilidad mediante la Corona; para los regionalistas, suponía revertir el modelo centralizador del Estado; y, para los intelectuales, especialmente aquellos de filiación republicana, consistía en formar “hombres nuevos” mediante un proceso de nacionalización a través de la educación y la inculcación de valores que despertaran a una nación percibida como adormecida.

La guerra en ultramar ofreció una nueva oportunidad para el nacionalismo español, en el cual la prensa y los púlpitos desempeñaron un papel crucial en la movilización ideológica. Sin embargo, la reacción popular ante las empresas coloniales no fue especialmente destacada. La identificación de los enemigos desde una perspectiva de superioridad racial era una herramienta eficaz de integración negativa, útil para sostener una interpretación de la comunidad nacional. Durante el período isabelino, la guerra en el norte de África ya había demostrado esa eficacia, convirtiéndola en una guerra popular por la rapidez y profusión con la que se asentaron las legitimaciones

entre las clases populares y en algunos de sus lenguajes (García Balaña, 2017). Esta reformulación de la identidad colectiva alcanzó su máxima expresión en las ideas de Marcelino Menéndez Pelayo, quien vinculaba la esencia de la nación española al catolicismo y reivindicaba el Siglo de Oro como el momento culminante de “lo español”, entendido como consustancial con la fe católica (Louzao, 2013).

En esta línea, *El Imparcial*, un diario liberal centrado en temas culturales, propuso en 1903 celebrar de manera esplendorosa el tercer centenario de la publicación de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Mariano de Cavia, articulista del diario, llamó al país a organizar en 1905 “la más luminosa y esplendorosa fiesta que jamás haya celebrado pueblo alguno en honor de la mejor gloria de su raza, de su habla y de su alma nacional”.¹² En su visión, este evento debía ser tanto un gran acto de resurgimiento español como una oportunidad para estrechar lazos con los países hispanohablantes y otros pueblos latinos. Además, subrayó que la organización debía recaer en el gobierno, dada la importancia nacional del acto, y que este debía incluir a todos los sectores de la población. La propuesta fue acogida con entusiasmo por la élite cultural y política, y muchos medios, tanto madrileños como provinciales, la celebraron. Incluso se sugirió organizar simultáneamente una exposición universal en Madrid. En enero de 1904, el gobierno de Antonio Maura emitió un decreto para constituir una junta encargada de coordinar y apoyar las iniciativas relacionadas con la conmemoración en todo el Estado.¹³

A principios de mayo de 1905 comenzaron los actos, en los que participó La Lira Silvense en representación del Ateneo de la Selva y asistiendo bajo los auspicios del diputado provincial conservador Ramón de Morenés, marqués de Grigny y conde del Asalto. La presencia de la coral en este evento, facilitada por la mediación de Arturo Saforcada Labandera, exsenador y miembro del Lauro, culminó en su actuación frente a la familia real el 20 de mayo de 1905. Posteriormente, la directiva del Ateneo nombró a Morenés presidente de honor, lo que evidenció la voluntad de la élite local de integrarse en las dinámicas nacionalizadoras del regeneracionismo estatal de corte conservador. Al mismo tiempo, este acto reflejaba el interés por involucrar a las clases populares en la construcción de una cultura homogénea para toda la nación.

No obstante, esta homogeneización cultural coexistía con la persistencia de otras identidades. En el caso de la Selva, mientras la orquesta dirigida

12 *El Imparcial*, [Madrid], “La celebración del tercer centenario del don Quijote”, 2 de diciembre de 1903, pp. 1-2.

13 *La Gaceta de Madrid*, [Madrid] 2 de diciembre de 1904, p. 25.

por la familia Cogul promovía una identidad nacional catalana compatible con la cultura española, las sociedades republicanas y carlistas también desempeñaban un papel relevante en la configuración social del municipio. Esto sugiere que el modelo hegemónico vinculado al liberalismo monárquico no logró consolidarse plenamente, como lo evidencia la persistencia de espacios de sociabilidad opuestos a dicho modelo en la Selva. Las iniciativas pacificadoras, como la coral, resultaron insuficientes para integrar de manera definitiva a aquellos sectores que se buscaba encuadrar en los marcos dominantes. En su lugar, del recurso reiterado a la fuerza, ejemplificado en la represión del motín de 1892, junto con otras prácticas disciplinarias y paternalistas que se abordarán a continuación, se desprende la idea que las élites locales no consideraron válvulas de escape alternativas o medidas profilácticas que, más allá de la coral, pudieran aliviar las tensiones derivadas de las demandas de los sectores subalternos y su participación en la esfera pública.

En octubre de 1913, la directiva del Ateneo tomó la decisión de adquirir los edificios que ocupaba la sociedad, un paso clave para proyectar una imagen consolidada hacia el exterior y reforzar su cohesión interna. La compra, sin embargo, suponía un desafío financiero considerable, ya que el coste total ascendía a 22.500 pesetas, de las cuales 15.000 debían abonarse al momento de firmar la escritura. Para afrontar esta cifra, se incrementó la cuota anual de los socios de 6 a 12 pesetas y se lanzó una emisión de 2.000 acciones a 2,50 pesetas cada una, amortizables en cinco años mediante sorteos anuales.

Aunque esta estrategia se planteó como la única viable, la respuesta de los socios fue insuficiente, lo que llevó a la junta a proponer un aumento adicional de las cuotas y a intentar regular la autonomía de la sección coral La Lira Silvense, integrada dentro del Ateneo. Esta última medida generó un conflicto interno, pues los miembros de la coral rechazaron el nuevo reglamento que reducía su autonomía. En la asamblea del 6 de enero de 1914, los socios del Ateneo derogaron las bases de autonomía de La Lira Silvense con una votación mayoritaria. Sin embargo, esta decisión provocó una reacción drástica: dos días después, los coristas retiraron sus pertenencias del Ateneo como acto de protesta. La directiva respondió suspendiendo indefinidamente a los implicados y continuó con la reestructuración normativa. En marzo de 1914, se aprobaron nuevas bases que reforzaban el control de la junta directiva, limitaban el acceso de nuevos socios y establecían un registro de socios sancionados.¹⁴ A pesar de los intentos de los coristas por negociar un reglamento que reconociera su autonomía, las tensiones

14 APAL, Secretaría, Acta del 15 de enero de 1914.

persistieron. Finalmente, el 27 de mayo de 1914, La Lira Silvense abandonó definitivamente el Ateneo, poniendo fin a su trayectoria como parte de la sociedad.¹⁵ Este desenlace reflejó las dificultades de armonizar las aspiraciones identitarias y de autogobierno de las secciones autónomas con las necesidades organizativas y económicas de la entidad matriz.

Cuatro años después de la fundación de la Societat dels Pagesos, en 1904 apareció otra entidad agraria de naturaleza muy distinta: la Societat Agrícola. Conocida popularmente como L'Agrícola, esta asociación reunía desde pequeños propietarios acomodados hasta rentistas. Uno de sus principales objetivos era obtener crédito para combatir "las calamidades que afligen al pequeño propietario, obligado por necesidad a salir perjudicado en la ley del mercado".¹⁶ Esta iniciativa representaba una forma de adaptación de los propietarios a la crisis que estaban experimentando. Desde su constitución, decidieron sumarse a la Federació Agrícola Catalano-Balear y a la Cámara Agraria de Reus, lo que les permitía influir en la política agraria tanto a nivel provincial como estatal mediante la elección de representantes en la Diputación.

Los fundadores de L'Agrícola no solo buscaban adaptarse a las exigencias del mercado, sino también promover "la unió i l'agermanament de totes les classes socials" (Soronellas, 2000: 39). Este planteamiento de armonía social, entendido desde una perspectiva paternalista, buscaba proteger a los asociados bajo la tutela de las élites. Este dominio que las élites ejercían sobre pequeños y medianos propietarios era central para el sindicato. A diferencia de la Societat dels Pagesos, donde cada socio tenía derecho a voto, el régimen interno de L'Agrícola distinguía entre dos tipos de socios: los de primera y segunda clase, en función de la cuota aportada. Solo los socios de primera clase podían formar parte de la dirección de la entidad, reflejando un orden interno desigual fundamentada en la riqueza de cada uno de sus miembros.

La crisis en el ámbito sindical se evidenció en 1912, cuando la junta de la Societat dels Pagesos expulsó a varios socios por mantener posturas consideradas demasiado radicales frente a la directiva. Estos formaron una nueva entidad, la Sociedad de Obreros Agricultores, compuesta íntegramente por trabajadores agrícolas, arrendatarios y jornaleros, convirtiéndose en la primera sociedad obrera del municipio. Esta organización conectaba con el espíritu de ayuda mutua que había caracterizado a la Societat dels Pagesos y su tradición republicana. Pretendía mitigar las desventajas de la bolsa de trabajo agrario controlada por los patronos y agrupar a los trabajadores

15 APAL, Secretaría, Acta del 6 de junio de 1914.

16 Artículo 2º de los estatutos de la Sociedad Agrícola (Soronellas, 2000).

en una cooperativa. Los demandantes de mano de obra debían dirigirse al local de la sociedad, donde una comisión se encargaba de asignarles los trabajadores necesarios. Sus afinidades ideológicas quedaron claras cuando, en enero de 1915, el sindicato ingresó en la Federación Provincial de los Obreros del Campo, de corte anarcosindicalista (Mayayo, 1995).

En este contexto, en 1916 se fundó el Sindicat de Sant Andreu, que, a diferencia de L'Agrícola y la Societat dels Pagesos, surgió bajo el amparo del círculo católico, probablemente impulsado por la comunidad claretiana local. Para ese año ya existían dos sociedades agrícolas consolidadas que acogían a la mayoría de los agricultores de la localidad. Entonces, ¿por qué era necesaria una nueva entidad? La fundación del Sindicat de Sant Andreu coincidió con el momento de mayor relevancia de la Sociedad de Obreros Agricultores a nivel provincial. En 1916, la sociedad obrera era una de las principales sostenedoras de *La Voz del Campesino* y de la federación provincial, lo que evidenciaba su peso dentro de la localidad.¹⁷ Por su lado, el Sindicat de Sant Andreu estaba formado por pequeños y medianos propietarios agrícolas que compartían socios tanto con el círculo católico como con el Ateneo. Su dimensión confesional lo diferenció de las demás asociaciones agrarias y lo convirtió en un espacio de resistencia al creciente sindicalismo obrerista. En este sentido, no resulta sorprendente que uno de sus primeros dirigentes fuese Felicià Cogul Monné, impulsor y director de *La Lira Silvense*. Aun así, este sindicato no alcanzó la misma influencia que L'Agrícola ni la Societat dels Pagesos, hecho que se refleja en su limitada capacidad de movilización durante los conflictos agrícolas de los años siguientes

La proliferación de sindicatos agrarios en la localidad, donde en 1916 coexistían cuatro entidades en una población de poco más de 2.900 habitantes afectada por una significativa pérdida demográfica en favor de la ciudad de Reus, tuvo graves repercusiones para la viabilidad de estas organizaciones. Ante la constante pérdida de socios y la incapacidad de sostenerse financieramente, algunos miembros de L'Agrícola promovieron una fusión con la antigua Societat dels Pagesos. Este proceso culminó con la colonización de los espacios y estructuras de la Societat por parte de los dirigentes de la entidad patronal, que se irían turnando en las juntas a partir de entonces. Con la fusión, la entidad resultante adoptó el nombre de Sindicat de Sant Isidre y fue común que los mismos miembros de las juntas del sindicato pasasen antes o después por las del Ateneo El Lauro e, incluso, como concejales en el ayuntamiento. Las dinámicas de las tres instituciones iban acompañadas en una inercia inmutable y prostradas a los

17 *La Voz del Campesino*, [Valls] 29 de febrero y 20 de marzo de 1916.

designios de quienes los dirigían. Pareciera que la dinámica caciquil había logrado dominar la totalidad del poder municipal mediante la ocupación de los espacios de sociabilidad vinculados tanto al trabajo como al ocio. Un dominio que veía como desaparecían los rivales con la disolución, en 1920, de la Sociedad de Obreros Agricultores, que no dejó rastro con la desmovilización y la represión ejercida contra el sindicalismo campesino liderada por el general Martínez Anido.

La proclamación del general Primo de Rivera el 13 de septiembre de 1923 supuso una mejora significativa para los gobernantes locales. La dictadura nació con la pretensión de regenerar el agotado régimen de la Restauración, colapsado por múltiples crisis que habían hecho inevitable su desmoronamiento. Primo de Rivera se propuso inaugurar una etapa de modernización del país basada en el nacionalismo militar, con el respaldo de una administración honesta destinada a erradicar el caciquismo, que él mismo definía como “la compra de votos, las falsedades en el censo y las violencias de las últimas y de todas las elecciones que conocemos” (Villares & Moreno Luzón, 2009: 503). En las localidades rurales como La Selva, se intentó combatir el caciquismo mediante la disolución de los ayuntamientos, que fueron sustituidos por juntas de vocales controladas por la diputación provincial y bajo la tutela de las autoridades militares. Los cambios en estas juntas, concebidas para romper con las dinámicas corruptas del período anterior, no pasaron de una operación cosmética. En la práctica, perpetuaron el dominio de las mismas clases sociales que, en teoría, se buscaba apartar del poder. Para el caso del Ateneo y el ayuntamiento de La Selva, el cambio promovido por la administración dictatorial, incluso garantizó la continuidad de las mismas personas al frente de las instituciones.

Daniel Batlle ocupaba el cargo de alcalde desde el 1 de octubre de 1923 y, a partir de junio de 1924, también el de secretario del Ateneo. Contaba con una dilatada experiencia en la gestión de asociaciones, ya que anteriormente había desempeñado diversos cargos en la junta del Ateneo y había sido contador de L’Agrícola entre 1908 y 1913. Su acceso a la alcaldía y la designación de Francesc Cabré Cogul, nieto de los fundadores de la Lira, como juez municipal representaron las primeras medidas visibles de la dictadura en la localidad. La mayoría de ellos, con algunas excepciones, eran jóvenes propietarios de talleres y de fincas de pequeñas extensiones, arrieros y profesionales liberales que representaban a esos “hombres nuevos” identificados con los ideales del regeneracionismo.

Para consolidar aún más su posición, a finales de 1925, Batlle fue designado jefe local de la Unión Patriótica. Esta designación se llevó a cabo en un acto convocado por el diario *Patria*, el nuevo portavoz de las actividades gubernamentales en la provincia, que reunió en la capital a los 166 líderes

locales de la Unión.¹⁸ El objetivo principal del encuentro era elegir a Ramón de Morenés, conde del Asalto, como jefe provincial del nuevo partido. El evento, presidido por el gobernador de la provincia, Maximiliano Soler Losada, y con la asistencia del agregado militar provincial y los delegados gubernamentales de las principales ciudades provinciales, evidenciaba los intentos de subordinación de la estructura del Estado al partido único.

Con la reafirmación de Daniel Batlle como jefe local el 31 de diciembre de 1925, sus partidarios ocuparon las directivas del sindicato y del Ateneo, además de consolidar su control sobre el Ayuntamiento. Este dominio reflejaba la voluntad de la nueva élite de La Selva de absorber todas las esferas de poder en la localidad. La Unión Patriótica se convirtió en el enlace con el nuevo régimen y sirvió a Batlle y a sus aliados para garantizar el control político del municipio. A pesar del Decreto de Incompatibilidades de octubre de 1923, los hombres del régimen pudieron replicar las prácticas clientelares y corruptas que, en teoría, buscaban erradicar, consolidando así sus propias redes de influencia y poder.

La dictadura de Primo de Rivera se había construido tomando como valores fundacionales de la nación española el autoritarismo castrense, el catolicismo y la monarquía, excluyendo así otras corrientes ideológicas como el republicanismo, el obrerismo o el catalanismo (Quiroga, 2013). Quienes se identificaban mayoritariamente con estas posiciones fueron apartados de los cargos en las diferentes instituciones. Además, la llegada de los dirigentes del Ateneo a los cargos municipales implicó que algunos socios comenzaran a identificar el ateneo con el nuevo régimen surgido tras el golpe de Estado de 1923 y se apartaran de él. Entidades como el Sindicat de Sant Andreu, que no se vinculaban con el régimen, acabaron aglutinando un bloque opositor que acabó por cuajar el embrión de una nueva sociedad republicana constituida en 1926. A partir de 1931, La Defensa Agrària (Puig, 2022) se consolidó como la principal sociedad recreativa del municipio, actuando como sede de la mayoría de entidades en un edificio propio construido ex novo en 1933. Este desarrollo contrastaba con el Ateneo, que parecía haber quedado inmovilizado frente al nuevo período democratizador. La Defensa Agrària desempeñó, además, un papel central en la configuración política del municipio, proporcionando la mayoría de los concejales progresistas y socialistas que integraron los ayuntamientos republicanos hasta enero de 1939.

18 *Patria* [Tarragona], "El Sr. Conde del Asalto es elegido Jefe Provincial de la Unión Patriótica", 31 de diciembre de 1925, p. 2.

CONCLUSIONES

Las sociedades como el Ateneo El Lauro desempeñaron un papel crucial en la modernización social y cultural de los núcleos rurales durante el siglo XIX. Su creación respondía a múltiples objetivos, destacando la promoción de actividades educativas y culturales destinadas a las clases populares. La organización de representaciones teatrales, bailes y tertulias que no solo buscaban el entretenimiento, sino también la transmisión de valores morales y civilizatorios eran iniciativas impulsadas por las élites liberales locales con la finalidad de convertir estos espacios en plataformas de cohesión social, así como en instrumentos para socializar ideas políticas en un contexto marcado por la consolidación del liberalismo. El Ateneo no era simplemente un lugar de ocio inocente. Su propósito educativo y político lo convirtió en un escenario de tensiones y resistencias. Como muchas otras, la coral La Lira Silvense ejemplifica la complejidad de los procesos de nacionalización en el ámbito rural contemporáneo. La Lira fue utilizada por las élites locales como un instrumento para reforzar una identidad nacional homogénea, especialmente a través de eventos como la conmemoración del tercer centenario del *Quijote*, y como laboratorio donde se ensayaron nuevas formas de ciudadanía y convivencia, pero los sectores populares resignificaron estos discursos desde su propia experiencia local. Esto evidencia una dinámica bidireccional entre el proyecto nacionalizador oficial y las identidades locales. La vinculación de La Lira con los movimientos regeneracionistas permitió, además, articular una identidad que conciliaba las tradiciones locales con las demandas de modernidad. Además, La Lira también sirvió para que sus integrantes procedentes de los sectores populares adquiriesen competencias de gestión y autonomía política. Como consecuencia, algunos de sus miembros ocuparon posteriormente cargos en la Societat dels Pagesos.

La evolución de estos espacios de sociabilidad refleja la interacción compleja entre las élites y los sectores populares. Aunque las primeras buscaban mantener su hegemonía, las segundas lograron utilizarlas para construir redes de apoyo y cuestionar las jerarquías establecidas. Por ejemplo, la Sociedad de Obreros Agricultores, formada en 1912 por trabajadores agrícolas expulsados de la Societat dels Pagesos, constituyó un espacio de resistencia que desafió el control de las élites sobre las dinámicas agrarias locales. Estas tensiones no solo se limitaron al ámbito asociativo, sino que también se manifestaron en la esfera política municipal. Un caso paradigmático es el motín de 1892, en el que las clases populares se levantaron contra los impuestos sobre los consumos básicos. Unos actos violentos que se revelan con un carácter selectivo y un sentido reparador, basados en concepciones morales de buen gobierno y justicia para reparar el daño realizado. Aunque

el conflicto fue sofocado por las fuerzas represivas, evidenció la creciente organización y capacidad de acción de los sectores subalternos frente a las políticas fiscales impuestas por las élites.

Por su parte, las élites implementaron diversas estrategias para preservar su poder. En el Ateneo, figuras como Olegari Mallafré aprovecharon las dificultades económicas de la institución para recuperar el control político en 1897, desplazando a líderes progresistas. De este modo, el Ateneo El Lauro no solo se convirtió en un espacio clave para la difusión de ideas políticas, sino también en una plataforma estratégica desde la cual las élites locales podían consolidar su influencia en el ámbito municipal, asegurando el acceso y mantenimiento del poder en el Ayuntamiento. Asimismo, en el ámbito agrario, entidades como L'Agrícola adoptaron estructuras jerárquicas que restringían la participación a los pequeños propietarios y jornaleros, garantizando que solo los socios capitalistas pudieran acceder a la dirección de la organización. La fusión entre L'Agrícola y la Societat dels Pagesos marcó un punto de inflexión, ya que significó la colonización del sindicato agrario democrático por parte de las élites conservadoras. Este control no solo consolidó su dominio en el ámbito laboral, sino que también facilitó la coordinación de las dinámicas sociales y políticas locales, extendiendo su influencia al Ayuntamiento y al Ateneo.

En conclusión, el ejemplo de la Selva del Camp permite observar como las sociedades recreativas y los sindicatos agrícolas de finales del siglo XIX y principios del XX se configuraron como espacios fundamentales en la negociación de las relaciones de poder y las dinámicas de modernización en el ámbito rural. Aunque inicialmente concebidos como herramientas de control por parte de las élites, estos espacios también ofrecieron oportunidades para la organización y resistencia de las clases populares, evidenciando la complejidad de los procesos de democratización y cambio social en las sociedades rurales del siglo XIX y principios del XX. Ejemplos que, sin duda, invitan a valorar la riqueza y diversidad de las experiencias históricas en las relaciones de poder municipal en los espacios rurales.

BIBLIOGRAFÍA

ARCHILÉS, Ferran (2013), "Lenguajes de nación. Las 'experiencias de nación' y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate", *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 90, pp. 91-114.

ARCHILÉS, Ferran; GARCÍA CARRIÓN, Marta (2012), "En la sombra del Estado. Esfera pública nacional y homogeneización cultural en la España de la Restauración". *Historia Contemporánea*, n.º 45, pp. 483-518.

ARNABAT, Ramon; FERRÉ, Xavier (2015), *Ateneus: cultura i llibertat. Associacionisme a la Catalunya contemporània*, Federació d'Ateneus de Catalunya, Barcelona.

BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar y CABO VILLAVARDE, Miguel (2023), "Conflictividad y violencia en el mundo rural, 1868-1936", en ACOSTA, Francisco; DUARTE, Àngel; LÁZARO, Elena y RAMOS, María José (eds.), *La Historia habitada: Sujetos, procesos y retos de la historia contemporánea del siglo XXI : Actas del XV congreso de la Asociación de Historia contemporánea*, Editorial Universidad de Córdoba, Córdoba.

BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar (2008), *Protesta y supervivencia: movilización y desorden en una sociedad rural, Castilla-La Mancha, 1875-1923*, Fundación Instituto de Historia Social, Valencia.

BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar (2021), "Contiendas entre vecinosformas de castigo y control en la España rural de la Restauración", *Millars: Espai i historia*, vo. 51, n.º 2, pp. 81-103.

CABANA IGLESIA, Ana (2021), "Mujeres al frente: rostros femeninos y acción colectiva", en: ORTEGA LÓPEZ, Teresa María; CABANA IGLESIA, Ana, "*Haberlas, haylas*": campesinas en la historia de España en el siglo XX, Marcial Pons, Madrid.

CARBONELL I GUBERNA, Jaume (2000), *Josep Anselm Clavé i el naixement del cant Coral a Catalunya*, Galerada, Barcelona.

DÍAZ-GEADA, Alba y FERNÁNDEZ PRIETO, Lourenzo (coord.) (2020), *Senderos de la historia: Miradas y actores en medio siglo de historia rural*, Comares, Granada.

DUCH, Montserrat; ARNABAT, Ramon; FERRÉ, Xavier (dir.) (2015), *Sociabilitats a la Catalunya contemporània: Temps i espais en conflicte*, Abadia de Montserrat, Barcelona.

GARCÍA BALANÀ, Albert (2017): "Patriotismos transatlánticos. Raza y nación en el impacto de la Guerra de África en el Caribe español de 1860", *Ayer. Revista De Historia Contemporánea*, n.º 106, pp. 207-237.

GIL ANDRÉS, Carlos (2000), *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.

HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA, Antonio, MARKOFF, John, & VILLA GIL-BERMEJO, Inmaculada (2013). "La democratización del mundo rural en España en los albores del siglo XX. Una historia poco conocida", *Ayer. Revista De Historia Contemporánea*, n.º 89, pp. 21-42.

LOUZA VILLAR, Joseba (2013), "Nación y catolicismo en la España contemporánea. Revisitando una interrelación histórica", *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 90, pp. 65-89.

LUCEA AYALA, Víctor (2005), *Rebeldes y amotinados. Protesta popular y resistencia campesina en Zaragoza (1890-1905)*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.

MAYAYO ARTAL, Andreu (1995), *De pagesos a ciutadans: cent anys de sindicalisme i cooperativisme agraris a Catalunya, 1893-1994*, Afers, Catarroja.

PUIG VALLVERDÚ, Guillem (2018), *La taula del mirall. L'Ateneu i l'associacionisme cultural i polític a la Selva del Camp, 1878-1979*, Afers, Catarroja.

PUIG VALLVERDÚ, Guillem (2022), "La construcció d'un espai d'oposició. Una anàlisi a través de la Defensa Agrària de la Selva del Camp (1926-1939)", en: CUADROS VILA, Ignasi y ISIDRO LOVON, Héctor (dir.), *Associacionisme cultural: entre el mosaic i les xarxes: Actes del XII Congrés de la CCEPC*, Coordinadora de Centres d'Estudis de Parla Catalana; Institut Ramon Muntaner; Cossetània edicions, Valls, pp. 425-438.

QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, Alejandro (2013), "Cirujano de Hierro. La construcción carismática del general Primo de Rivera", *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 91, pp. 147-168.

REDONDO CARDEÑOSO, Jesús-Ángel (2011), *Protesta y violencia de los campesinos castellano-leoneses. La Tierra de Campos (1900-1923)*, Diputación de Palencia, Palencia.

SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (2004), "El carlisme de la Restauració a la Guerra Civil (1875-1936)", en SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep (coord.), *El carlisme al territori de l'antiga diòcesi de Tortosa. De la tercera guerra carlista a la guerra de Franco*, vol. 3, Arola Editors, Tarragona, pp. 73-177.

SOLÀ I GUSSINYER, Pere (1998), *Itineraris per la sociabilitat meridional catalana*, Diputació de Tarragona, Tarragona.

SORONELLAS MASDEU, Montserrat (2000), *Cooperació Agrària a la Selva del Camp, 1900-2000*, Cooperativa Agrícola i Caixa Agrària de la Selva del Camp, La Selva del Camp.

THOMPSON, E. P. (1984), *Tradición revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Crítica, Barcelona.

ÚRIA, Jorge (2001), "Lugares para el ocio. Espacio público y Espacios creativos en la Restauración española", *Historia social*, n.º. 41, pp. 89-111.

VALLEJO POUSADA, Rafael (1990) "Pervivencia de las formas tradicionales de protesta: los motines de 1892", *Historia Social*, n.º 8, pp. 3-27.

VIDAL I BENDITO, Tomàs (1979), "Èxode rural i problemàtica demoespacial a Catalunya, 1860-1970", *Revista d'Estudis d'Història Agrària*, n.º 2, pp. 193-207.

VILLARES, Ramón; MORENO LUZÓN, Javier (2009), *Historia de España. Restauración y Dictadura*, Crítica, Barcelona.

VIVES RIERA, Antoni (2012), "Los límites de la nacionalización del campesinado. Esfera pública e identidad local en Mallorca durante el siglo XX", *Historia Agraria: Revista de agricultura e historia rural*, nº 58, pp. 113-143.

ZOZAYA, María (2008), "Ocio Liberado. El ocio en España durante el siglo XIX", *El descubrimiento del Ocio*, Diputación Foral-Museo Zumalacárregui, Guipuzkoa, pp. 33-65.